

Un golpe de efecto

Los ojos son testigos más exactos que los oídos (HERÁCLITO)

Lo ocurrido la noche del 23 al 24 de febrero no pasaría del anecdótico histórico de no haber sido por, a mi juicio, la torpe reacción *ulterior* de buena parte de los españoles, que empezaron a preocuparse no de lo que había efectivamente pasado —un anacrónico, imposible y ridículo intento de derrotar la democracia, magistralmente cortado por el rey, quien fue apoyado por las fuerzas armadas y por el pueblo pacífico—, sino *de lo que pudo haber sido y no fue*, como cantaba el tango. Quisiera intentar aquí una interpretación no de los vergonzosos sucesos de aquella noche, cuyos momentos iniciales registró la cámara discretamente, sino de la extraña atmósfera artificialmente producida, ya que no por todos —como creen muchos—, al menos por un grupo considerable de *fumadores*, más o menos aficionados a exhumar un pasado parcialmente considerado y a engañosos determinismos históricos y demás hierbas enemigas de una libertad que crecía con pleno vigor. Tirios y troyanos nos quieren dar gato por liebre —algunos hasta de buena fe, que es peor—, unos y otros parecen querer dar a entender que la democracia no está inventada para los españoles, que somos ingobernables, que somos distintos, que España es diferente (un dicho maldito en que tan-

tos —y no solamente españoles— todavía creen).

Decir irresponsable de los españoles

Ortega nos enseñó innumerables cosas y nos dejó levemente indicadas no pocas pistas para la comprensión de muchas que no pudo eludir. Así, cuando daba una de sus lecciones «Sobre la razón histórica» en Lisboa en 1944, al hablar de la *soi-disant* lógica (que había dicho Brouwer), afirma: «Esto todo es lo que yo llamo —y no me parece exagerada la imagen— el terremoto de la razón»¹. Pero esto no nos interesa. Lo interesantísimo es el paréntesis que abre a continuación para explicar la significación del *decir* de los hombres peninsulares. Ortega imagina que algún oyente puede decir que eso le trae sin cuidado. Y en dos páginas pergeña una tesis grave sobre ese decir, que prefiero transcribir en sus líneas esenciales. «Son gentes —escribe Ortega— que procuran hacerse la vida fácil, y *lo más fácil es decir cosas muy rotundas* que parezcan inequívocas, de-

¹ Cfr. *Sobre la razón histórica*, que es su última obra aparecida (Revista de Occidente, en Alianza Editorial, 1979, págs. 183-185).

cir cosas irresponsable y gratuitamente. Pero la vida no es fácil, lo que *es fácil es decir eso*: que le trae a uno sin cuidado esto o aquello, pero es difícil que eso —el traer sin cuidado ciertas cosas— acontezca realmente, sea.» Y a continuación casi promete, como solía, tratar el tema a fondo. «Algún día ha-trá que hablar aquí de lleno sobre este hábito del decir irresponsable, que es uno de los vicios más graves del hombre peninsular a un lado y otro de nuestra dulce frontera...» No lo hizo, que yo sepa; sin embargo, también como de costumbre, ilumina en pocas palabras una zona de realidad: «Lo más grave del 'decir irresponsable' es que el decidor no ha procurado lo más mínimo que *eso* que dice concuerde y coincida siquiera con lo que en efecto piensa y en efecto siente él mismo. De suerte que ese decir no coincide, por un lado, con la verdad de las cosas que pretende decir, y por otro lado, tampoco subjetivamente con el ser de quien lo dice —es, por tanto, un decir suelto que queda en el viento flotando, como los villanos, sin padre conocido y responsable. De aquí —y permítanme que les dé este consejo— que no digo siempre, ni mucho menos, ¡claro ésta!, pero sí que con la mayor frecuencia es inocente y desorientador suponer que un hombre peninsular piensa y siente, en efecto, de una cierta manera porque se le haya oído decir esto o aquello.» Yo creo que Ortega estaba en lo cierto. España y los españoles *se dicen* de muchas maneras inexactas, con frecuencia enteramente falsas. Se dicen —y se escriben— palabras que poco o nada tienen que ver con lo real; lejos de atender escrupulosamente a la realidad, escrutarla y respetarla, se la enmascara con decires tendenciosos y se la encubre con ropajes disuasorios. El resultado es la confusión y aun el confusionismo, el río revuelto y la hora del lubrican. El mis-

mo Ortega había distinguido en 1914 entre la España oficial y la España real, distinción que supongo aprendió en sus años alemanes. Quienes hemos vivido en Alemania sabemos que allí lo oficial es real y real lo oficial; no hay apenas distinción o distancia entre lo uno y lo otro. Pero aquende fronteras las cosas son un poco distintas. ¿Se quieren quizá ejemplos?

Empecemos por los más triviales. En España no es infrecuente que todo el mundo fume en una sala llena de letreros «Se prohíbe fumar». No se trata meramente de falta de respeto a la norma, como podría parecer a primera vista; es simple insolidaridad o incoincidencia entre lo oficial y lo real; quien quiera quitar el cartel tendrá dificultades. Los exámenes oficiales de la convocatoria de febrero se pueden celebrar habitualmente en marzo. Las *dedicaciones* oficiales son más que dudosas y constituyen, a mi juicio, un gravísimo problema que debe resolverse cuanto antes. Muchos españoles se pasan el tiempo *hablando* bien de Fraga, pero luego votan a UCD, o de Carrillo, pero votan PSOE, o *dicen* que debería gobernar el PSOE y después votan UCD... Casi toda la España real quiere (supongo) ley de divorcio, pero la España oficial pone cortapisas. Oficialmente somos católicos y, sin embargo..., muchos comunistas españoles (al menos así se confiesan) se casan por la Iglesia, no faltaba más. Cuando se rueda por esas carreteras de Dios se ven carteles que *dicen* «Obras», pero no hay obras desde hace mucho tiempo (*es como el chiste de la guardia del banco*); muchas calles están llenas de letreros que prohíben circular a más de 40, pero si va uno a 50 (velocidad habitual en Europa, oficial y real) le hacen señales para que corra más. En carretera nos limitan acaso la velocidad a 60, pero se puede perfectamente tomar la curva a 80, o a la inversa:

limitan a 80, pero es peligroso cogerla a más de 60: en ambos casos lo oficial *no dice* bien lo real. Quien ha conducido por Europa sabe que las señales de tráfico están bien ajustadas, y suelen indicar bastante bien lo que se debe hacer. ¿Más ejemplos? Denominamos «zona verde» al barro callejero (desaparecido en las ciudades europeas), pero, más que eufemístico, es falso: no hay tal verdor, salvo en la imaginación o acaso en los papeles del Ayuntamiento: es barro preindustrial o polvo, según la estación. Esto habría que ponerlo en conexión con el tema de los eufemismos, florecientes de un tiempo a esta parte. ¿Qué diría un Gonzalo de Berceo? Tenemos colegios de pago, claustros abiertos y comunistas del Gran Poder: puras *contradicciones in terminis* que hay que deshacer. Los precios no indican lo que hay que pagar por las cosas: esto cuesta tanto, pero se lo dejo en cuanto. ¿Residuos preindustriales de las viejas artes del toma y daca? Tal vez.

No sé si estos ejemplos ingenuos bastan para mostrar la disparidad existente entre lo real y la manifestación o expresión de esa realidad. Como ésta es sistemática, se podrían poner ejemplos más graves. Madariaga, que vivió tantos años fuera, observaba en otro contexto que España es «el país de las vocaciones equivocadas»². Con frecuencia, los muchachos y las muchachas de nuestro país no se encaminan en la dirección que les propone su íntima vocación; se dejan inducir por la familia o por otras presiones, y el resultado puede ser la insatisfacción y la inautenticidad. Por eso son tan poco frecuentes las *verdaderas dedicaciones* en España. Muchos se desinteresan de su propio quehacer, *elegido* por error. Imagínese: desinteresarse por lo que

² Véase *Ingleses, franceses, españoles*, Buenos Aires, 1969, pág. 190. (La 1.^a ed. —en inglés— es de 1928.)

se hace, por las cosas (profesionales) en torno, por la circunstancia, y bizquean a un lado y a otro en lugar de afanarse en el propio hacer. ¿*Dedicación plena*? Grave tarea inmediata, insisto. Como se ve, la realidad se escapa a través de unas *definiciones* confusas y desorientadoras. Quien haga caso en España a éstas no se enterará de lo que realmente ocurre. ¿Qué hacer, pues? Basta abrir los ojos y mirar atentamente. Heráclito nos dejó dicho que «los ojos son testigos más exactos que los oídos» (Diels - Kranz, fr. 101a), pero creo que muchos compatriotas desoyen este sabio consejo del mal llamado *Oscuro* pensador y se creen cuanto se les dice; aunque lo que ven desmienta las palabras, hacen caso de éstas. Es increíble, pero es así. Marías ha insistido en eÚo. En *La España real* (1976), en un capítulo titulado «Desfiguración», habla de problemas pequeños que, por repetirse constantemente, parecen grandes. «Es algo muy parecido a la sugestión, a la 'aprensión' que respecto a la salud tienen muchos hombres. Si se habla de una enfermedad y se describen sus síntomas, hay personas que empiezan a sentirlos y al cabo de algún tiempo 'padecen' esa enfermedad. El que sea inducida no impide que pueda ser grave; si se explica que es de origen psicossomático, eso no la suprime. En el caso que me interesa aquí se trata de una 'aprensión colectiva' cuidadosamente planeada. Llevamos más de tres decenios de persuasión oficial de que España es un país explosivo, incapaz de libertad y convivencia, dispuesto a la locura a la menor ocasión. Idéntica táctica se sigue hoy a la vez desde otros flancos con finalidades muy parecidas; se desfigura en todos sentidos, y sin importar que sean opuestos, la realidad del país.» Estas líneas explican, a mi modo de ver, la *aprensión colectiva* que una vez más se nos intenta insuflar a los españoles.

No sé hasta qué punto incluye la voluntad de esos sujetos-objetos en esa inducción colectiva. Marías insiste, en la página siguiente, en la gravedad de esas realidades nominales. «Lo más grave es que, cuando las cosas existen nominalmente y se habla de ellas, sobre todo en los medios públicos de comunicación, al cabo de algún tiempo se las toma como existentes y se opera con ellas como si fuesen reales; es como si se pensara que la sota de copas existe fuera de la baraja y se puede hacer con ella algo distinto de jugar a las cartas. Si se tomara un periódico y se fueran señalando en rojo las noticias y comentarios referentes a meras convenciones sin arraigo en la realidad, el resultado sería aterrador, porque revelaría hasta qué punto nuestra vida pública está habitada por fantasmas.» Yo comparto sin reservas este diagnóstico porque a diario oigo y leo noticias tremebundas acerca de cuestiones menudas y ordinarias que no merecen ni un tratamiento tan pormenorizado ni un apasionamiento tan aparentemente violento. *Aparentemente*, digo, porque al poco tiempo se han olvidado por completo asuntos que reclamaron una atención desmedida. Tal vez por eso volvió Marías en 1979 al tema: «No hay que hacer mucho caso de lo que se dice, ni casi de lo que pasa, porque tampoco es verdad.» Así comenzaba un capítulo, «La organización del porvenir»³, para agregar: «Hace muchos años que vengo proponiendo —y siguiendo en mi vida personal— esta norma de conducta. Originariamente la pensé y apliqué a los aspectos públicos de la vida española; al cabo de algún tiempo resulta que lo que era válido para mi país resulta serlo en medida mayor o menor para casi todo el mundo, y que no se restringe su validez a la superficie de lo que se llama 'polí-

³ *La justicia social y otras justicias*, 2.^a ed., 1979, págs. 36-39.

tica' y a cierto tipo de convenciones vecinas a ella, sino que ha invadido la mayor parte de las esferas de la realidad manifiesta. Muy poco de lo que se dice y hace hoy es Verdad' en el sentido fuerte de esta palabra; las 'importancias' reales están totalmente subvertidas...» El problema tal vez esté en la medida, mayor o menor. Pienso que la norma es más válida en España que en el resto de Europa o en Estados Unidos, donde la coincidencia es mayor. A los americanos, por ejemplo, no les importa contar su delincuencia en tasas exactísimas, no protegen a un presidente indigno, etc. Sí; los decires y las apariencias de los acontecimientos son en España bastante desorientadores. El fenómeno es más notable, a mi entender, en nuestro país, y quizá por eso Marías lo detectara antes aquí.

Ahora bien: si se habla de espaldas a lo real y se fabrica un mundo fantasmagórico, pienso que ello no se hace impunemente. Si la realidad no es apresada mediante conceptos y palabras medianamente eficaces y fidedignos, si la mente vive perpetuamente en un mundo de fantasía, por así decir, en lugar de abrirse a lo real como es su obligación, entonces ese mundo colectivamente consensuado, al cortar las amarras con la realidad, obnubila los sentidos (el primero, la visión), y esos sujetos se recluyen voluntariamente no se sabe bien dónde, estoy por decir que en la cueva de Platón. Esos hombres y esas mujeres renuncian inducidos a la visión y se condenan a no entender. El hombre —que para eso es libre— puede cerrar las ventanas de su alma y fabricarse un mundo imaginado; nos podemos imaginar placeres y/o peligros absolutamente inexistentes, eso es asunto de cada cual. Pero de ahí a disputar por existente lo que es pura invención, a considerar *de verdad*, como dicen los niños, lo que es mero juego verbal, va un abismo infranquea-

ble, y revela muy escasa dosis de perspicacia para la comprensión de los asuntos sociales.

La profecía de Merton

No, no se habla impunemente. Si no puede crearse una situación real, los hombres pueden creérsela. Esto ya lo vio muy agudamente William Thomas en 1928 cuando escribió que «si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias». De este famoso *teorema* llegó a decir Robert Merton que «es probablemente la frase aislada más importante jamás publicada por un sociólogo americano»⁴. Probablemente, la mejor explicación de este teorema la dio el propio Merton veinte años después, cuando descubrió la *self-fulfilling prophecy*. Como es sabido, la profecía autocumplidora explica el hundimiento del *Last National Bank* el «miércoles negro» de 1932: este banco era solvente, pero sus clientes creyeron lo contrario; retiraron sus fondos, crearon las condiciones *ad hoc* y el banco, efectivamente, se fue a pique. Y Merton escribe lapidariamente: «La parábola nos dice que las definiciones públicas de una situación (profecías o predicciones) llegan a ser parte integrante de la situación y, en consecuencia, afectan a los acontecimientos posteriores. Esto es peculiar a los negocios humanos (...)• La profecía de la quiebra llevó a su cumplimiento (...). La profecía que se cumple a sí misma es en el origen una definición *falsa* de la situación, que suscita una conducta nueva, la cual convierte en *verdadero* el concepto originariamente falso. La especiosa validez de la profecía que se cumple a sí misma perpetúa el reinado del error, pues el profeta citará el curso real de

⁴ Véase *Ambivalencia, sociológica y otros ensayos*, 1980, pág. 208.

los acontecimientos como prueba de que tenía razón desde el principio. (Pero nosotros sabemos que el Banco de Millingville era solvente, que habría sobrevivido muchos años si el falso rumor no hubiera *creado* las condiciones de su propio cumplimiento.) Tales son las perversidades de la lógica social»⁵. No se puede pedir mayor precisión. ¿No nos dicen nada estas palabras lúcidas? Aunque lo social no es sólo lo *subjetivo*, claro está, es evidente la manipulación que se pretende una y otra vez: convencernos de que somos diferentes, que «no tenemos arreglo», que la paz y la concordia no tienen asiento en España (cualquier discrepancia, fenómeno normal en toda sociedad, vale como síntoma de explosión), etc.; todo ello con fines bastante turbios: modificar las conductas, crear otras condiciones y provocar la necesidad de un pastor y un mastín (como escribió Ortega al final de la *Rebelión*: llegó el pastor y se llamó Hitler), inhibir el uso cotidiano de la libertad y asustarnos, en definitiva, con un lobo de cartón piedra. ¿No son conmovedores, por ejemplo, los comentarios constantes de tantos españoles que hablan de la crisis económica como casi único tema de conversación, mientras consumen platos de mariscos o abonan facturas, si elevadas, pagaderas? ¿No es triste que lo miren a uno como sí fuera un demente si se atreve a musitar que las cosas van bien?

A modo de conclusión

España había entrado (posiblemente antes del 20 de noviembre de 1975) en el *seguro camino* de la democracia. Desde esa fecha se inició un capítulo nuevo en la historia de España, que el cambio generacional de 1976 —siguien-

⁵ *Teoría y estructura sociales*, 1964, páginas 420-421.

do las cuentas de Marías— reforzaba considerablemente. Pero las cosas humanas tienen una seguridad relativa—insegura, si vale la expresión—, y la vida en libertad implica riesgos obvios; es ridículo aludir a problemas económicos, que no son privativos de España, o delictivos, cuando tenemos una de las tasas más bajas del continente, etc., con el fin de marearnos, «comernos el coco» y atribuir al sistema democrático una responsabilidad que no es estrictamente suya. Quitando unos cuantos autores (García Calvo, cuyo artículo «Tristeza» me produjo alegría; el de Juan Goytisolo, «De vuelta a Meri-mée», y el de Juan Cueto, «Un toque de disuasión», los tres en *El País*), observo una aprensión por un lado en la prensa y en las opiniones particulares allí vertidas, y por otro en la gente, sobre todo la madrileña, que irradiaba a provincias.

Lo del 23 de febrero fue un *amago a la libertad*. Cuando me lo dijeron por teléfono y puse la radio, oí que se trataba de un *incidente*, y tal me pareció, por lo que seguí trabajando con normalidad. Un amigo madrileño me dijo aquella noche que él no mandaría al día siguiente al colegio a su hijo, porque tenía miedo. No pude impedir un «Mándalo, por favor; no caigas en la trampa», cosa que hizo. Cosa que hicieron, inexplicablemente, más bien pocos. A mis alumnos y amigos dije el 24 por la mañana que los españoles deberíamos ser ese día y los siguientes unos kantianos, unos fidelísimos cumplidores del horario habitual; tomar el café a la misma hora, en el mismo sitio que de costumbre, por ejemplo. Pero los decires irresponsables vuelan, las opiniones sin razón suficiente corren de boca en boca, y la lógica social funciona en vano y en falso: el amago parece hacer efecto⁶. Espero que fun-

⁶ Por si el efecto no era suficiente —quizá porque los españoles no somos tan inge-

ción como virus, que hayamos quedado inmunizados y que meditemos las palabras. Lo cual no debe inhibir nuestra libertad de expresión. Algunos me han recomendado cuidado y prevención, cuando me he expresado con la libertad acostumbrada. Y he recordado un tiempo que tengo por pretérito perfecto.

Años antes de morir Franco creían no pocos (españoles o no; algunos muy ilustres) que tras su desaparición el follón podía organizarse. Lo escuchamos mil veces dentro y fuera de España, *todos hablaban de los demás: ellos eran pacíficos*. Luego pasó que no pasó nada lamentable, y algún inglés exclamó al ver las colas para votar el 15 de junio: Votan con la misma calma que nosotros. (Y aún mejor, diría yo, porque acá estamos más acostumbrados a hacer cola.) Era —y es— curioso. Muchos piensan que *el otro* se va a desmadrar en cualquier momento; que *nosotros* (dos o cuatro o diez) somos pacíficos, pero *los demás...*; y así, sucesivamente, se va tejiendo el reinado del error. Pero como se habla sin *fundamento in re*, que dirían los antiguos, al final vienen las sorpresas: nadie se desmadrará —si exceptuamos algunos desmadres relativamente lógicos ante una libertad inusitada—, y la cordura de nuestro viejo pueblo es la tónica general.

Cuando se cierran los ojos y se empiezan a pensar tonterías (*pensar* en

nuos como se sospecha—, los sucesos del 23 y 24 de mayo en Barcelona han venido a intentar reforzar la tramoya. Un amigo me llama, preocupado, desde Alemania, y le respondo: *Affentheater, mein "Preüna*. Teatro de monos, que es, según nos cuentan los etólogos (o sociobiólogos) lo que hacemos los primates desde que nos bajamos de los árboles para asustar a los impasibles felinos... ¿Hasta cuándo abusarán esos señores de nuestra paciencia? ¿No saben que estamos curtidos en esas artes desde hace, por lo menos, dos centurias?

el sentido kantiano de desconexión con la experiencia), la realidad se encarga de que tropecemos con sus angulosas facciones. En España hay gentes instaladas en el pasado (creo que menos de lo que se dice y se supone), gentes que no quieren poner el reloj en hora, gentes a cuyo parecer —con el viejo poeta— cualquier tiempo pasado fue mejor. Poco importa. Poco importa que el tiempo pretérito fuera mejor (cosa

que habría que demostrar), y menos aún que algunos lo crean, de buena o mala fe. Vivimos *este* tiempo, y *todo fluye*, digamos otra vez con Heráclito el preclaro. El presente es movedizo, y nos dispara inexorablemente hacia un futuro que trae más cuenta anticipar o prever; ese futuro, siempre llegando, que engullirá a cuantos se empeñen en darle la espalda.

J.A.*

* 1946. Profesor de Sociología de la Educación en la Escuela de Magisterio de Córdoba.